

fugió el mar más alterado;
sentí un vértigo mi mente;
rodando por la pendiente
abandoné el monte luego,
y cuando cobré el sosiego,
pisando franco camino,
sobre el castillo vecino
miré un penacho de fuego.

XXIV

Dominarme conseguí;
un negro puente pasé;
por última vez miré
la torre, y desaparecí.
¡Siempre igual! dije entre mí;
el escollo en la ribera,
en contraste y lucha fiera
con el placer el dolor;
la muerte con el amor;
lo real con la quimera.

ANTONIO LEDESMA.

LA MUJER OBRERA

EN ALMERIA.

La mujer, esa delicadísima agrupación de sentimientos y ternuras, esa poética flor que con su embriagador perfume embalsama el sagrado templo del hogar endulzando las amarguras del hombre y haciéndole olvidar con sus cuidados y su cariño las contrariedades de la vida, es un desgraciado ser, cuando pertenece a la clase proletaria, digno de compasión y de lástima.

Ella es suyo y tan delicada y tan sensible, moral y materialmente considerada, tiene que marchar en contra de lo que su natural reclama en la mayoría de casos y aun dedicarse a trabajos que afectan de un modo muy directo, su organismo, perturbando su salud ó encalleciendo en su corazón las delicadas fibras del sentimiento.

Parece que la mujer obrera, la mujer que tiene que ganarse el sustento

con el trabajo de sus manos, es una nota discordante del general concierto de la naturaleza, en el que á el hombre se le ha señalado su puesto y su lugar, por la invisible mano del Criador, en el trabajo y la fuerza, y á la mujer en la dulzura y el amor.

La mujer que pertenece á la clase proletaria en esta región, lleva desde muy niña una vida difícil y penosa, llena de peligros y privada en un todo de cultura y de ilustración.

En cambio la joven obrera, tiene el gracejo propio de la hija de Andalucía, su vivacidad, su picareco ingenio y su continente gracioso y provocativo.

Su traje habitual, compuesto de escaso número de prendas, termina con una saya de percal, un manton sobre los hombros; y flota en su cabeza rodeando su encantadora faz como un precioso marco, un pequeño pasticho de los más vivos colores y caprichosos dibujos.

El calzado propio del país no es otro que, la humilde alpárgata de cáñamo, patrimonio de las clases jornaleras, á quienes sus escasos haberes, no permiten los dispendios tan crecidos que le ocasionarían la botina, ó el zapato de becerro.

Durante las primeras horas de la mañana se las ve transitar por las calles dirigiéndose alegres y contentas al taller, recibiendo con agrado la flor con que el galán la saluda al paso y contestando con desenfado y oportunidad á la atrevida frase del galanteador de oficio que las requiebra.

Una vez llegadas al taller ó á la fábrica, permanecen dedicadas á tareas penosas y perjudiciales para su salud, hasta que á la llegada de la noche recobran su perdida libertad, saliendo cual bandadas de alegres golondrinas, en busca de sus respectivos nidos, pero llevando impresas en el rostro las huellas de su penosa tarea, al par de la sonrisa que sus juveniles años les hace tener casi de continuo en los labios.